

AMOR Y POLÍTICA EN LA *ENEIDA*

MARÍA DELIA BUISEL DE SEQUEIROS

a) Virgilio y la noción de lo heroico

Desde el momento en que la sombra de Héctor en II, 289-95 se le aparece a Eneas imponiéndole la misión de levantar para los penates de Troya "moenia . . . magna" (grandes murallas) del otro lado del ponto, cambia radicalmente lo que él hubiera podido hacer según su gusto; las circunstancias, este otro recurso del destino, le asignan una tarea que no estaba dentro de sus previsiones, tal como se lo dice a Dido en IV, 340-350. Acepta al comienzo sin prever las consecuencias —tampoco hay tiempo de pensarlo—, pero a medida que avanza el decurso de los hechos mayor es el peso que carga sobre su espíritu. Con nuestra perspectiva psicológica e intimista podríamos imaginar que a veces se le presenta la tentación de arrojar por la borda el compromiso, pero Virgilio, fiel a una respuesta romana a las exigencias de la realidad, no concede una línea de su *Eneida* a la presunta lucha interior del héroe, ni comete deslices confesionales. Una vez que Eneas eligió, una vez tomada la decisión, ya no hay dudas, aunque sí demoras, penas y olvidos ocasionales. Aquí está expuesto en puridad, sin las contaminaciones de la prosa real, un aspecto del genio político que hizo grande a Roma: la entrega incondicionada a una empresa pública.

La historia de la *Eneida* es la de un llamado, de una aceptación interior y libre de una misión, para la que un hombre, sin haberla buscado, es requerido desde lo alto; es la historia de la maduración de un héroe cuyo valor y nobleza no son puestos a prueba al comienzo más allá del molde homérico de la heroicidad, pero justamente una de las novedades de esta relectura homérica que es la *Eneida*, consiste en ir más allá de Homero al indagar la naturaleza de lo heroico, e incluso más allá de los trágicos, de Eurípides o del Sófocles último¹.

¹ V. Pöschl, "Virgile et la tragédie", en *Présence de Virgile*, Paris, Les Belles Lettres, 1958, pp. 73-79.

Congénitamente, por ser hijo de una diosa, está Eneas ópticamente por encima de los demás hombres; sin embargo, esa excelencia no le proporciona ventajas extraordinarias. Por el contrario, a mayores privilegios, mayores obligaciones; el origen divino y la primacía que esto comporta le fueron dados para asumir respecto de la comunidad una función que el hombre común no podría ejercer: al que más se le concede más se le exige, y es sólo en el plano de las exigencias, llevado hasta el límite de lo humano, donde Eneas revela el carácter de esta nueva heroicidad que consiste en un continuo despojamiento de sí mismo y una renuncia incesante a los anhelos más íntimos y legítimos.

No es de realización inmediata la fundación de una ciudad, ni siquiera de una vida humana; por eso Eneas sólo sentará los fundamentos de la estirpe; "condere Romam" es tarea de muchas generaciones compenetradas del sentido de una misión y conscientes de los obstáculos a remover.

Por el momento importa la lucidez, cada vez más feroz, que va alcanzando Eneas de sí mismo y de los impedimentos, pues si la tarea le llovió del cielo, también los obstáculos son olímpicos. Símbolo de este *κατέχων* es Juno ensañada con rencores antiguos, viscerales y ajenos a él mismo. Sin embargo, Eneas vencerá a Juno, pues "superanda... fortuna" (V, 710), hay que sobrepasar su fortuna y, habiéndose desprendido de todo lo humano y legítimamente deseable, amará "sponte sua" a Roma² como a su gran amor. Para alcanzarlo deberá superar otros amores. En esa escala de purificación el episodio de Dido, uno de los tantos, es el más importante, porque toca de modo único la más radical intimidad del troyano.

b) Creúsa y Lavinia

Tres mujeres penetran en su vida y cada una actúa según los designios del *fatum* con mayor o menor lucidez y aceptación de los mismos. Son Creúsa, Dido y Lavinia.

Creúsa, hija de Príamo, primera mujer de Eneas y madre de su hijo Ascanio, guarda para sí el breve pero fulgurante y conmovedor final del libro II. Desaparece misteriosamente,

² M. Rusch, "Le Destin dans l'*Eneide*", en *Virgiliana*, Leiden, Brill, 1971, pp. 312-321, part. 317.

no importa cómo, para ceder su lugar a Lavinia, la más desdibujada de las tres, pero la que asegurará, al final, la alianza de los troyanos y latinos y la continuidad de la estirpe. Los versos 776-789, además de su nudo profético, contienen un consuelo, un reproche y la aceptación de su muerte en un nivel de renuncia todavía más alto que el de Eneas. Por eso, con ternura puede objetarle que se ha entregado a un “insano... dolori” (II, 776); el adjetivo es deliberado, pues el dolor sólo es “insano” (insensato) desde la perspectiva del *fatum* y de Creúsa, quien ya ha aceptado, con comprensión absoluta y total, tal vez revelada de lo alto por la magnitud de la exigencia divina, la misión de su esposo, y, lo más duro: ella no podrá estar a su lado para acompañarlo, pues en la tierra está de más y otra “regia conjunx” debe suplantarla; las cosas que ocurren “non haec sine numine divum / eveniunt” (II, 777-8), no acontecen sin el querer de los dioses; y ella ha sido la primera en dar su entero consentimiento.

No es “insano” desde la perspectiva de Eneas, ya que es natural y legítimo llorar la muerte de su mujer, pero al comienzo de la empresa no está Eneas, porque naturalmente no lo puede estar, a la altura espiritual de su mujer.

Para llegar a Lavinia deberá pasar por Dido, experiencia que, como la muerte de su padre y otros de los suyos, no le fue preanunciada y que debió afrontar solo, sin preparación y nada más que con la fuerza de su espíritu.

Cree Eneas que la muerte de Anquises, después de siete años errabundos, es su “labor extremus”. Se engaña. Todavía le quedan otros, y uno en particular “acerbissimus”: el que transcurrirá en Cartago marcándolo definitivamente.

c) Dido

El episodio de Dido es uno de aquellos en que el *fatum* y los dioses han colaborado con diversas intenciones y argucias de modo más ostensible para el lector.

Ya en I, 297-304, Júpiter, como colofón del discurso donde desplegó en síntesis la trama de la *Eneida*, envía a Mercurio para que los cartagineses depongan su agresividad y Dido en especial disponga para los troyanos “animum mentemque benignam” (I, 304) ya que ella era “fati nescia” (I, 299), ignorante del destino, y podía rechazarlos de sus fronteras.

A este obrar inicial del mensajero divino se suma otro de mayor envergadura, acometido nada menos que por Venus, y un tercero, de Juno, cuyos intereses, por lo general en colisión, confluyen momentánea y accidentalmente mientras la acción transcurre en Cartago.

Venus toma la iniciativa en pro de su hijo y en I, 664-688 anuncia lo que muy pronto ejecutará.

Su objetivo principal consiste en que Dido se enamore de Eneas por acción de Cupido, quien, "mutata figura", cambiada su figura, suplantaré a Ascanio. Teme Venus una hospitalidad poco segura, la que califica de "Junonia... hospitia" (I, 671-2), hospitalidad a lo Juno, la que puede resultar cambiando por alguna otra divinidad (v. 674). Acontece lo tramado, y así, al final del libro I, Dido "infelix, pesti devota futurae" (I, 712), entregada a una futura enfermedad, se atormenta escuchando las aventuras de los libros II y III.

Observamos que el plan de Venus secunda el del *fatum*, pues la diosa no concibe el amor de que es víctima Dido como una atadura legal y permanente sino transitoria, mientras los troyanos están en tierra cartaginesa, es decir, potencialmente enemiga; no manifiesta Venus ninguna consideración por el sufrimiento y la derrota de Dido, quien antes del encuentro con el caudillo es, como conductora de un pueblo y fundadora de una ciudad, la prefiguración de Eneas, lo que hace más dolorosa su caída. La reina ama por segunda vez y no lo hace libremente, sino por designio de Venus, designio que ella no logrará superar. Con todo, Dido no es por completo un títere ni su voluntad está en absoluto determinada; cierto es que poco margen tiene mientras la consume la pasión, pero elige morir bajo su completa responsabilidad, ya que según IV, 696-7.

(...) nec fato merita nec morte peribat,
sed misera ante diem subitoque accensa furore.

(y no perecía ni por el hado ni por muerte merecida
sino desdichada antes de su hora y encendida por súbita pasión).

Juno (IV, 90-128) nada puede tampoco —y menos aún Dido— frente al "dolo divum... duorum" (IV, 95) y su accionar resulta condicionado por el de Venus; la reina de los dioses, que es capaz de remover el Aqueronte (VII, 312) para oponerse a Roma, considera que, tal como está la situación, puede ella obtener alguna ventaja en su deseo de enfrentar

al destino, sin percatarse de que esa oposición cuadra también con el *fatum*, y por eso propone a su rival una actuación mancomunada sobre la que Venus no se engaña: legalizar a perpetuidad con y por Hymeneo una unión nacida con y por Cupido o Eros, sometimiento de Dido a Eneas y entrega de los tirios como dote. El objetivo político consiste en transferir a Cartago el imperio destinado a Italia. Venus accede a sabiendas de que ese plan es utópico e irrealizable y todavía frente a Juno se reserva una dosis de incertidumbre arteramente disimulada como para no pasar por mentirosa. Más aún, le pide a la Saturnia que verifique ella misma ante Júpiter si la nueva Troya puede asentarse en Cartago. El texto no explicita hasta qué punto el accionar de la *regina deum* implicaba un rasgo de generosidad con Dido, que le era devota y leal y a quien amaba, pero tardíamente se condele de ella en la agonía y muerte de la fenicia "longum miserata dolorem/difficilesque obitus" (IV, 693-4) apiadándose de su prolongado dolor y penosa agonía, de modo que el juicio de R. G. Austin, "neither goddess has any pity for the woman Dido"³, al final debe modularse, y él mismo así lo hace al encabezar el comentario a los versos 693-705: "And at least Juno took pity upon Dido"⁴.

Pero así como Juno resulta inerte frente a los designios superiores por los que se le escapan de las manos la llegada y el asentamiento de los troyanos en el Lacio, tampoco puede controlar a breve plazo el itinerario de Dido y evitar su muerte.

Lo mismo le ocurre a Venus en el esquema proyectado, pero aquí es donde existe mayor disenso de los comentaristas. Lo que Venus no puede manejar en estas circunstancias es el corazón de Eneas, quien se enamora de Dido sin ninguna coacción, y este amor es tal vez la sorpresa del libro IV, porque la circunstancia de que Eneas ame *sponte sua* a Dido significa que es capaz de espiritualizar su sentimiento hasta aceptar la no correspondencia o la incompreensión del ser amado y sobrellevar su propia renuncia a ella.

La generalidad de los críticos coincide en destacar que Dido protagoniza este canto IV y que Eneas cumple frente a ella un papel más o menos deplorable. Veamos algunos ejemplos de los más asequibles al lector argentino:

³ R. G. Austin, *Commentary Aeneid IV*, Oxford, Clarendon Press, 1963, v. 90 al 128, p. 50.

⁴ R. G. Austin, *op. cit.*, p. 129.

A. M. Guillemin: "Dans l'admirable livre IV, le rôle que V. lui prête est bien pauvre. Cette partie doit être regardée attentivement si nous voulons mesurer sa déchéance et il nous faut l'aborder maintenant sans y rechercher rien qui ressemble à l'apothéose d'un héros d'épopée"⁵.

T. Haecker: "En estas cosas de la pasión, ante el πάθος devorador de la mujer, desempeña el hombre un papel casi lastimoso, tanto más lastimoso cuanto más grande y varonil es el hombre y lo mismo sucede con Eneas (...) la grandeza de Eneas no puede mostrarse aquí porque está en otro sitio"⁶.

Mi trabajo sigue una dirección exactamente inversa y, acompañada por una excelente minoría de exegetas, pretendo fundamentar con mayor detalle y precisión una postura cuya incomprensión desdibuja la figura de Eneas y afecta a la inteligencia de la *Eneida* como un todo.

Esta disparidad de criterios se justifica en parte porque Virgilio poco nos dice sobre los sentimientos de Eneas para con Dido; nadie duda de la pasión devastadora de Dido que rompió con todos los escrúpulos que conservaba como mujer y reina hasta entregarse tan entera y ciegamente a su amante, que destruyó en sí misma su yo superior: su capacidad política —no la circunstancia de mantenerse *univira* y conservar el pudor como quiere Pöschl—, y éste es tal vez el aspecto más trágico de su figura, tanto como el de su muerte o más que ésta.

En cuanto a Eneas, los críticos favorables mencionan su renuncia a Dido ante la opción del deber para con su misión y su hijo, sin indagar mucho sobre su interioridad, que es precisamente el aspecto donde insertaré mi aporte. Veamos antes a F. Fletcher: "In book IV we are made to feel that having to choose between personal and national claims, he relentlessly, though no perhaps unregretfully, sacrificed the former"⁷.

En cambio A. M. Guillemin, hablando del pacto realizado por ambas diosas, señala que Venus se reserva lo que Juno no ha pedido: "il y aura mariage, soit; mais Enée n'aimera pas"⁸. Creemos por el contrario que Afrodita se reserva la

⁵ A. M. Guillemin, *Virgile, poète, artiste et penseur*, Paris, A. Michel, 1951, p. 242.

⁶ T. Haecker, *Virgilio, padre de Occidente*, Madrid, Sol y Luna, 1945, p. 73.

⁷ F. Fletcher, *Commentary Aeneid VI*, Oxford, Clarendon Press, 1962, p. 66.

⁸ A. M. Guillemin, *op. cit.*, p. 249.

equivocación obstinada de Juno, que quiere fijar a Roma en Cartago y no en el Lacio; en suma, para esta autora Eneas no ama y Dido sí, de modo que la relación resulta meramente unilateral.

d) Canto IV

Revisemos el texto del canto IV para comprobar cuál posición se sostiene. Cuando Eneas recibe la orden de Mercurio y se apresta a cumplirla

ardet abire fuga *dulcisque* relinquere terras (v. 281).

(arde por alejarse en fuga y abandonar las dulces tierras).

donde el adjetivo “*dulcis*” alude con claridad a la causa de esa dulzura, o sea a Dido; es más, “*terras*” reemplaza a Dido.

Pero su conciencia se agita angustiándose por encontrar el modo (“*dexter*” IV, 294) propicio de explicarse, la ocasión más favorable (“*tempora mollissima/fandi*” IV, 293-4), y enfrentar la situación en un diálogo sincero y firme con la reina cuando ella

tantos rumpi non speret amores (IV, 292).

(no espere que se rompan amores tan grandes).

No tiene éxito. Dido se entera de los aprestos de embarque antes que Eneas le hable, y es ella la que, sintiéndose engañada, se apresura a enfrentar a su amante y recriminarle; primero le enrostra su partida como un “*tantum/...nefas*” (IV, 305-6), enseguida argumenta *in crescendo*:

nec te noster amor nec te data dextera quondam
nec moritura tenet crudeli funere Dido? (IV, 307-8).

(¿ni nuestro amor ni mi diestra en otro tiempo a ti dada,
ni Dido que habrá de morir con muerte cruel te retiene?).

donde lo primero que Dido invoca es el mutuo amor que dura casi un año. Luego aborda Dido el tema capital:

(...) Troia antiqua maneret
Troia per undosum peteretur classibus aequor? (IV, 312-3).

(si Troya la antigua persistiese,
¿sería Troya requerida con tus naves por el undoso mar?).

Le ruega Dido por todo lo que les ha sido común y enumera las consecuencias políticas que el abandono de Eneas le acarrearía, porque en última instancia ella es considerada una extranjera en suelo africano, y no está libre de las acechanzas de Pigmalión, agregando algo muy tocante que no encontraremos en ninguna heroína trágica abandonada: el frustrado sentimiento materno que dulcifica su fiereza desdeñada.

Cuando Eneas contesta a este requerimiento tan justo, lógico y conmovedor, lo hace conteniéndose por las advertencias de Júpiter ("Jovis monitis", IV, 331), y oprimiendo la angustia bajo su corazón

(...) obnixus curam sub corde premebat (IV, 332).

(habiéndose esforzado oprimía su cuita bajo su corazón).

Pocas cosas dirá, las suficientes y tal vez menos de las que uno y tal vez la misma Elisa hubieran esperado: no negará todo lo que le debe —ella puede enumerarlo—, no se avergonzará jamás de recordarla, mientras viva, indeleble quedará la memoria de Dido, pero no le reitera una confesión amorosa, inútil para ambos en la circunstancia actual. No pensó esconder su fuga con un engaño, pero jamás le prometió antorchas conyugales ni reciprocidad legal por la sencilla razón de que no es dueño de conducir su vida según él lo hubiera querido; si hubiera obrado de modo absolutamente libre, habría salido de Troya, de nuevo la habría levantado para los vencidos y allí se habría quedado honrando a sus muertos.

Esto se dice en modo sintáctico irreal (IV, 340-4), porque otra es la realidad. No la ha buscado el héroe, sino que ésta lo ha reclamado, y por eso su amor no puede estar en la vieja Troya del Asia, ni tampoco en Cartago junto a Dido, sino en Italia,

hic amor, haec patria est (IV, 347).

la tierra prometida y dolorosamente buscada es la amada única e inmortal: *ubi Roma, ibi amor*; lo mismo le ha ocurrido a Dido al salir huyendo de Tiro. ¿Por qué rehusarles a los troyanos igual derecho a lograr una patria?

Existen además advertencias celestiales (imagen de Anquises y llegada de Mercurio), y la misma presencia de su hijo, colocada en el centro del canto, que dividen tajantemente la acción ante y post Dido; Eneas no desea abandonarla; los

lamentos de ella son inoportunos por muy legítimos que broten, pues él la dejará a pesar de sí:

Italiam non sponte sequor (IV, 362).

(no busco Italia por mi propia voluntad).

Dido le refuta iracunda enrostrándole dureza, descastamiento e inhumanidad; alega luego insensibilidad para sus lágrimas y su dolor, falta de *fides* e ingratitud para con los beneficios recibidos, y con incrédula ironía repite casi las mismas palabras con que Eneas se escudó frente a las órdenes de Apolo (IV, 376) como si fuese el trabajo de los dioses; pero su entrega ha llegado al límite. Vuelve a surgir la Dido altiva, que, despechada, no se humilla más. Lo echa de su presencia y confía su castigo a la justicia divina, anticipándole que, como Erinia justiciera, su sombra lo seguirá *post mortem* y en los *infern* ella lo sabrá.

Finalizando este *ἀγών* desgarrante, el alma del *pious* Eneas se destroza deseando cumplir las órdenes divinas y queriendo consolar a Dido

multa gemens magnoque animum labefactus amore (IV, 395).

(deplorando mucho y estremecido en su ánimo por un gran amor).

Sin embargo, atiende a su deber y no a su querer

mens inmotā manet, lacrimae voluntur inanes (IV, 449)

(su espíritu permanece firme, vanas ruedan sus lágrimas)

pese a que Dido vencida por su pasión ordena a Ana demorar la partida; el Troyano no escucha ninguna súplica, al igual que resiste una encina en la cumbre de los Alpes sacudida por la fuerza desenfrenada de los aquilones; el tronco permanece incólume como su voluntad, pero la fronda se dispersa por el suelo desgajada. Así su alma.

Señala Pöschl⁹, pensando en Dido, que el amor en la *Eneida* es una fuerza trágica daimónica como en *Geórgica* III, 258-9. Se podría agregar, también, como en *Buc.* II, VIII y X. Esta generalización del insigne filólogo no vale para Creúsa ni para Eneas, y ya veremos por qué.

⁹ V. Pöschl, *Die Dichtkunst Virgils*, Wien, Rohrer, 1964, p. 135.

e) Canto VI

El diálogo precedente tiene su contraparte y redondea su significación en el encuentro definitivamente último de los amantes en el canto VI y, no por casualidad, ocupa justamente el centro de los 901 versos a partir del v. 450.

Precedida por siete heroínas (VI, 445-9) cuyos amores son cualitativamente distintos, pero que tienen en común no su muerte, sino su entrega en vida a una pasión devastadora, ya que en el mundo inferior¹⁰

curae non ipsa in morte relinquunt (VI, 444)

(los tormentos de amor no las dejan ni en la misma muerte)

semivelada por la claridad lunar erraba la fenicia en los "luculentos campi" (IV, 441); oscura la reconoció el troyano,

demisit lacrimas dulcique adfatus amore est (VI, 455)

(derramó sus lágrimas y le habló con dulce amor)

jurándole que

invitus, regina, tuo de litore cessi (VI, 460)

(contra mi voluntad, oh reina, partí de tu ribera).

Él no puede creer que su partida permaneciera incomprendida por ella; trata de detenerla, pero Dido se sustrae a sus ojos y huye, pese a que le habla por última vez

(...) *extremum fato quod te adloquor hoc est* (VI, 466)

(esto es lo último que te digo [permitiéndomelo] el destino).

La mirada de la fenicia se vuelve torva y airada. Trata Eneas de suavizarla y conmovérla. Finalmente, ella le da la espalda y huye donde la sombra de su marido

respondet curis aequatque Sychaeus amorem (VI, 474)

(Siqueo corresponde a sus cuidados e iguala su amor)

mientras el troyano la compadece "casu concussus iniquo/

¹⁰ J. Perret, "Les compagnes de Didon aux Enfers, en *Revue des Études Latines* 42 (1964), pp. 247-261.

prosequitur lacrimis" (VI, 475-6)¹¹ sacudido por desigual infortunio y la sigue con lágrimas.

Creo que los textos citados de los cantos IV y VI bastan para desmentir a aquellos que, como Plessis y Lejay¹² o Guillemín, niegan el amor de Eneas y, en consecuencia, no sólo deshumanizan su imagen sino que impiden comprender uno de los grandes temas virgilianos: la relación entre el sentimiento y el deber, entendido éste sin la reducción kantiana.

f) El amor de Eneas

Eneas amó —de esto también Büchner está seguro¹³—, libre, espontánea y naturalmente a Dido. Disentimos aquí de Büchner, para quien Eneas sufre el embate de las 'dos' diosas¹⁴, pero no especifica cómo, pues su amor no es pasional a lo Venus, ni promete matrimonio como quiere Juno. Eneas ama con libertad, según observó Otto Seel, y dentro de lo que nosotros denominamos orden natural era casi previsible que lo hiciera espontáneamente por la sencilla razón de que ella estaba a la altura de él, y era el único personaje femenino que armonizaba con su carácter; como Eneas era Dido "dux femina facti" (I, 364), mujer dominadora de la circunstancia, y tenían ambos semejanza de alma, de virtudes, de misiones a cumplir y una afinidad heroica en el sufrimiento o la grandeza que hacían ineludible ese amor; era Dido la mujer para Eneas y éste el hombre para ella, tal como Ana se lo hace ver en el diálogo inicial del libro IV, pero el troyano tenía muy claro que su misión lo obligaba —moralmente hablando— a subordinar el amor a la política, aunque jamás se apagase el afecto

¹¹ Es de notar que V. usa para el dolor de Eneas el vocablo "casus" (desgracia, muerte, azar, desdicha) que etimológicamente viene de *cado*, que según M. Ruch (*op. cit.* en nota 2) "symbolise la marge de contingence avec laquelle s'accomplit l'inéluctable" (p. 313).

¹² F. Plessis y P. Lejay, *Virgile-Oeuvres*, Paris, Hachette, 1959, cf. especialmente notas al canto IV, 4 (p. 416), 6 (p. 413), 10 (p. 414) y VI, n. 5 y 7 (p. 528).

¹³ K. Büchner, *P. Virgilius Maro, der Dichter des Römer*, Stuttgart, A. Drucken-Müller, 1961, p. 347.

¹⁴ O. Seel, *Poesia universale di Roma*, Roma, Ateneo, 1969, p. 366: "L'amore di Didone per lui in nessun senso è da imputare a lei; in quanto Venere aveva messo personalmente le mani nel gioco, come poteva un essere umano resistere? Ma Enea opera in libertà".

por la mujer amada¹⁵. Dido, que amaba a Cartago como Eneas a la Roma prometida, no comprendió el paralelismo de ambas entregas que, si bien eran semejantes, no estaban destinadas a cruzarse como quería Juno. Cupido, según su costumbre, acertó con el lugar preciso, pues su flecha no hirió tanto la sensualidad de las entrañas como la inteligencia de Elisa que, obnubilada, no pudo comprenderse ni comprender a Eneas y optó por la aniquilación, que en estos casos suele ser la salida más lógica, aunque no la más racional. De todos modos, ambas diosas parecen cegadas por un cálculo de corto alcance, más Juno que Venus, aunque también esto encaja en el designio del *fatum*.

Este conflicto entre amor y política es eterno y está implícito en la naturaleza o en la "condición humana", para emplear la imprecisión terminológica de moda. El romanticismo y el existencialismo individualista simplificaron el conflicto idealizando la pasión, más aún la pasión sensual o el sentimiento desorbitado, con perfecto maniqueísmo. La reacción estuvo más de acuerdo con la realidad y tanto el nazismo como los diferentes comunismos han afirmado la prioridad absoluta de la política y nos han regalado una vasta literatura sobre el tema. En un plano menos propagandístico o por lo menos vinculado con nuestra obra de modo inmediato, vale la pena releer el magnífico trabajo del historiador socialista Guillermo Ferrero *Las mujeres de los Césares*¹⁶, de donde resulta que la sociedad romana y muy especialmente su estamento superior poseían una clara inteligencia de este conflicto y obraban en consecuencia. Virgilio refleja en los razonamientos de Ana y Eneas los sucesos matrimoniales de su tiempo, donde la condición de *unívira*, aunque tenida en alta estima, no era excluyente, y donde las alianzas matrimoniales se concertaban subordinando los sentimientos a la política, vg. en los casos de Octavia, Julia, Agripa, Tiberio, Augusto, etc. Augusto actuó con Tiberio como Júpiter con Eneas.

Pero Virgilio, que no es un ideólogo simplificador, supo balancear los poderes de Venus con los del César Júpiter conservando en Eneas una intimidación afectiva vigorosa e irreductible, aunque ordenada a un objetivo superior. Debo insis-

¹⁵ K. Büchner, *op. cit.* en nota 13, p. 347.

¹⁶ Guillermo Ferrero, *Las mujeres de los Césares*, Buenos Aires, Emecé, 1945.

tir en el adjetivo 'irreductible' porque el sentimiento de Eneas es irreductible a las potestades, a la humana, pero también a las divinas, y posee un ámbito y una dinámica que no pueden delegarse ni tampoco resultar aniquilados. Por eso es capaz de detener la empresa político-religiosa de fundar a Roma, y por eso también Eneas no es un títere, un prototipo moral *ad usum Romanorum*, sino una creación universal.

La pasión infundida por Eros destruye a Dido y no le permite espiritualizar su amor; ella quiere la posesión del amado y no sabe de renunciaciones ni razones; la debilidad con que Eneas se dio a ella tuvo un límite: el no prometerle casamiento ni compromiso legal mutuo, pese al binomio Juno-Dido. La reina lo sabía de entrada por boca de Ilioneo (I, 534-5), incluso antes de encontrarse por primera vez con el troiano, ya que de otro modo Eneas hubiera caído más bajo que ella.

En su ceguera, tres veces intenta Dido torcer el curso de Eneas, y eso hace más honda su caída, pero su mejor reacción cada vez que se derrumba, y, como Áyax, encuentra la recuperación de su honra, de su *magna imago* en la muerte. De allí que su suicidio sea ineludible para ella, pero libre y voluntario¹⁷.

Si no hubiese afecto mutuo, habría que suponer en Eneas un amor puramente carnal o donjuanesco y, por ende, un retiro cobarde y vergonzoso, pero ésta es noción tributaria de una crítica residual de tipo romántico, y nada de eso aparece en el texto. Lo más grave es que si fuese así no habría prueba.

Dido representa todo lo que Eneas hubiese podido desear para sentir el paraíso en la tierra. Ella cubría totalmente sus más íntimos anhelos como mujer y como reina, pero esa plenitud desbordante de lo compartido no es lo que el *fatum* quiere

¹⁷ R. D. Williams, "Dido's reply to Aeneas (IV, 362-387)", en *Virgiliana*, citado en nota 2, pp. 422-28: "Circumstances for which she was no responsible and which she was unable to control have changed the generous and admirable queen of Carthage into an archetypal figure of hatred and revenge; therein lies the tragedy of Dido" (p. 428). Véase también W. A. Camps, *An Introduction to Virgil's Aeneid*, Oxford, Univ. Press, 1969, p. 34: "What happens to Dido is thus an accidental result of scheming and counterscheming among the gods in which she is a pawn, an object not of hostility but of indifference. Yet she herself is wholly in their power. The obsessive love that seizes her is a demonic force, not an impulse which her will could have overcome (...) But in fact, as the story is told, her will is not free, either at the banquet when she first falls in love, or in the encounter with Aeneas in the cave".

para Eneas; ella es la tentación suprema, ya en Cartago, ya en Italia —si lo hubiera seguido—, de evitar la severa limpidez y el rigor del reclamo olímpico.

Si Eneas no ama, no renuncia. Esto lo ve la mayoría de los comentaristas ya citados: Camps (*op. cit.*, p. 29-30), Austin, Fletcher, Büchner, Pöschl, Perret, Klingner, etc. Disienten éstos en el grado de culpabilidad de ambos, particularmente en el de la reina; para algunos (Camps, Williams, Büchner, Pöschl) el peso de Eros inferido por Venus la hace objetivamente inocente y lo que ella se reprocha —su infidelidad a la condición de *univira* prometida a Siqueo— no es falta. Lo que en realidad ocurre, y esto es más grave, es que Dido, como lo ha visto J. Perret¹⁸, es culpable de no comprender que Eneas tiene una misión que debe cumplir al margen de ella, específicamente sin ella, y que deben renunciar a sí mismos para bien de ambos, de Cartago y de Roma; Eneas no podrá hacerle comprender esto ni en el más allá, donde su condición apasionada no la abandona, y en esto radica la prueba suprema del héroe, que no analizan los autores que le son favorables, y en lo que radica mi aporte: renunciar a la comprensión de la amada, beberse su odio y seguir amándola en un desprendimiento extremo; en esto no tiene precursores griegos¹⁹.

Juzgan incluso apresuradamente los que, como Haecker, Plessis y Lejay, Guillemin, opinan que hace aquí mal papel porque él sería también culpable de haber convivido casi un año con ella entregándose al gozo de la relación mutua, no por motivos morales, sino por el olvido y la demora que impone a su misión y a lo que le debe a su hijo. Pero Eneas no cae tan bajo como Dido; cada uno sale de su abismo como puede, Dido suicidándose porque es la que más se ha autoengañado; Eneas cumpliendo las órdenes de lo alto, con un desgarrón que lo marcará para siempre. Afrontar esta herida le dará la verdadera dimensión de su carácter heroico, no en el molde épico tradicional, brillante, solemne y pleno de general consenso, sino en uno nuevo, donde el anonadamiento, el despojo y la oscuridad nublan de tal modo su figura que sólo tomando el sufrimiento como hilo conductor podemos entrever y rescatar la magnitud de una renuncia silenciosa, la única que le otorga

¹⁸ J. Perret, "Amour et mariage dans l'épisode de Didon", en *Hommage à Jean Bayet*, pp. 438-543.

¹⁹ K. Büchner, *op. cit.* en nota 13, p. 345.

crecimiento moral y libertad interior. Sólo después del episodio de Dido, cuando se ha vencido a sí mismo dispersando en el combate los jirones de su alma, entonces descubre Eneas el alcance de lo que la Sibila le profetizó en VI, 95:

(...) sed contra audentior ito
quam tua te fortuna sinet.

(pero por el contrario ve con más audacia
que la que tu fortuna te permita).

Ese ir más allá es ir sobre y contra sí mismo. De allí que en su respuesta tampoco él puede entrever la dimensión última de estas palabras, porque aún no se había realizado el encuentro en los "lugentes campi"

(...) non ulla laborum,
o virgo, nova mi facies inopinave surgit:
omnia praecepi atque animo mecum ante peregi. (VI, 103-5).

(aspecto alguno de mis pruebas,
oh virgen, se yergue para mí nuevo o inesperado:
todo lo he previsto y lo he reflexionado antes conmigo mismo).

y todavía alimentaba Eneas la esperanza de una mínima comprensión hacia su actitud, aunque ya se hubiese desprendido mentalmente de la amada, pero ni eso le está permitido alentar y, para señalar ese despojamiento último, inserta Virgilio el episodio del canto VI, colocado —como dije— en el centro mismo del libro, a modo de *divortium aquarum*, desde el cual Eneas, vaciado ya de toda esperanza, ha tocado espiritualmente el punto culminante de la exigencia divina, es una nada para sí mismo, y su disponibilidad es máxima para el reclamo fundacional.

El *fatum* no sólo quiere la fundación de Roma sino también —según Büchner— "la realización correcta de los *fata* de cada uno"²⁰. Esta afirmación resulta problemática, pues cabe preguntarse si este cumplimiento es parejo para ambos. ¿Cuál es entonces el objeto de cada uno de los actos libres de cada amante, actos no previstos aparentemente en primera instancia por el *fatum*: muerte de Dido ("nec fato nec merita", ni por el destino ni merecida) y amor de Eneas sin coacción de Venus, destacado esto más de una vez?

²⁰ V. Pöschl, *op. cit.* en nota 1, p. 76.

A cada uno el destino lo requiere distintamente; en el caso de Dido, la reina actúa con escaso margen de autovoluntad y su falla básica —la incomprensión para con el amante— es el resultado directo de la pasión insuflada por Eros, y por eso es el personaje que más conmiseración suscita, ya que la recuperación de su estima personal supone su autoaniquilación; en el caso de Eneas el designio comunitario y final del *fatum* armoniza con los designios para con el héroe. “Condere urbem” exige un fundador de equivalente magnitud moral, y de allí el persistente ensañamiento del destino con este hombre, despojándolo desde todos los flancos posibles, paso a paso y descarnadamente, de todo deseo o inclinación legítima, para concentrarlo en la tarea única y absoluta. Según señala Klingner²¹, “pertenece al infortunio desvalido de Eneas el no poder expresar su dolor ante la amada que lo recrimina”. El sufrimiento de Dido puede expresarse; el de Eneas, no, tanto por la moral viril que se le exige tradicionalmente como por motivos poéticos, ya que no es propio de la épica el lamento por el amor perdido. El heroísmo de Eneas, que tiene en este episodio su piedra angular, es oscuro y callado, tiene algo de equívoco —corre el riesgo de pasar por cobardía—, pero también está en su esencia aceptar esa humillación porque es kenótico o anonadante, pero es el justo y necesario.

Este despojamiento personal requiere forzosamente el sacrificio y la incomprensión de Dido; sin ésta no hubiera madurado Eneas en la magnitud reclamada, pero se reduce la culpabilidad de la reina al actuar instigada por Eros. De allí la justicia con que el poeta la compensa en el más allá con un doble amor.

El amor y la política tienen su naturaleza, sus reglas, aunque una mirada parcial nos las quiere reducir a meras irracionalidades absolutas. Así como hay una ‘física’ de la política según un gran pensador de este siglo, también hay una ‘física’ del amor. Virgilio es el poeta de estas *φύσεις* cuyas leyes no sólo ha respetado sino que las ha plasmado dialécticamente en dos figuras inmortales que las encarnan con la complejidad y el dinamismo trágico que casi fatalmente poseen en la historia real.

²¹ F. Klingner, *Virgil*, Zürich, Artemis, 1967, p. 466.